

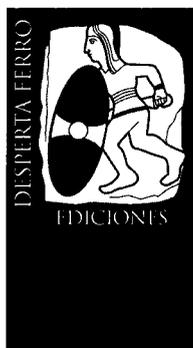
ESPADA, HAMBRE Y CAUTIVERIO

LA CONQUISTA ISLÁMICA DE SPANIA

Yeyo Balbás

Prólogo de José Soto Chica

SEGUNDA EDICIÓN



Índice

Prólogo	IX
Introducción	XIII
Capítulo 1 <i>Regnum gothorum spaniae</i>	1
Capítulo 2 Los orígenes del islam	45
Capítulo 3 El ascenso del califato	81
Capítulo 4 La conquista de África	161
Capítulo 5 El Califa de Alá	213
Capítulo 6 Los relatos de la conquista	237
Capítulo 7 El cruce del Estrecho	261
Capítulo 8 La batalla del Lago	299
Capítulo 9 La sumisión de Spania	343
Capítulo 10 Las conquistas de los valíes	407
Capítulo 11 Covadonga, origen de un reino	461
Capítulo 12 El colapso	543
Bibliografía	569
Índice analítico	593

Prólogo

«Esto no es una conquista, esto es la resurrección».* Dicen que escribió a su califa Mūsà ibn Nusayr, el conquistador del reino visigodo. Y, en efecto, tras las prodigiosas conquistas de la Persia sasánida y de las provincias orientales y africanas del Imperio romano, los musulmanes abatían un tercer, rico y vasto reino. Porque ¿qué otra cosa era el reino visigodo? Si lo comparamos con sus vecinos de occidente, la heptarquía anglosajona o la debilitada y dividida Francia merovingia de finales del siglo VII, el reino visigodo era un gigante.

¿Con pies de barro? En modo alguno. Los problemas del reino visigodo, como los de sus contemporáneos, la Inglaterra anglosajona, la Francia merovingia o la Italia lombarda, eran graves, pero no irresolubles y, desde luego, no más perentorios o extremos que los de los demás.

Cambio climático, un súbito enfriamiento que provocó fuertes sequías y, en consecuencia, malas cosechas y epidemias; debilitamiento del poder central frente a los poderes locales; luchas intestinas... Todo eso estuvo presente y fue importante. Pero fue el poder del conquistador, el califato omeya de Damasco lo que provocó la caída del reino. Fue la «espada» la que se impuso. Desagradable realidad. Realidad, al fin y al cabo.

* Ibn 'Abd al-Hakam, *Futūh Ifriqiya wa-al-Andalus*, 47.

La conquista islámica fue un proceso rápido y brutal. Esto es, un proceso de conquista llevado a cabo por «expertos en la conquista». Y si alguien era «experto en conquistas», ese alguien era el califato de Damasco. Desde el océano Atlántico hasta la India y el este de Asia Central no hubo tierra ni reino que no tentara o sometiera los ejércitos del califato. Esa gran expansión no tiene parangón en el Mundo Antiguo y constituye, por sí misma, el inicio, los primeros pasos de una nueva era.

Yeyo Balbás cuenta todo eso en este libro. Y lo cuenta bien. La historia o es universal o no es historia. Precisamente, el acierto que este libro tiene con respecto a otros muchos que se han interesado por el tema de la conquista islámica de Hispania y los primeros pasos del reino de Asturias y la Reconquista. El acierto de contextualizar la conquista del reino visigodo, de dotarla de un marco en el que poder evaluarla. En efecto, desde hace décadas y décadas se han venido escribiendo multitud de libros y artículos en torno a esta cuestión. Pero, en su inmensa mayoría, representan la conquista musulmana del reino visigodo como un ente aislado, como algo que súbita e inesperadamente ocurre: los árabes, los musulmanes, por mejor decir, aparecen en el Estrecho y los visigodos son unos seres aislados en una suerte de «reino isla».

No fue así. La conquista de Hispania fue una más en el ciclo de conquistas que se desencadenó desde Arabia a partir de 633, si se acepta la fecha canónica. Y, por ende, para entenderlo, para comprender el porqué de esto y de aquello, hay que conocer las conquistas previas hechas por los musulmanes.

De la misma manera, estudiar las debilidades y fortalezas de los godos no tiene sentido si no se enmarcan esas «taras» o «virtudes» en su contexto: el occidente de Europa a principios del siglo VIII.

Sin embargo, este libro ofrece mucho más que una adecuada contextualización de los hechos; ofrece soluciones propias. Tiene usted en las manos un gran libro de historia. Sí, porque he de decirle con la autoridad que dan más de veinte años en el oficio de historiador, que la mayoría de los libros que llegarán a sus manos acerca de este apasionante tema se contentará con repetir, resumir, reinterpretar y reajustar lo que ya se ha contado. Yeyo Balbás no se conforma. Tras evaluar con maestría fuentes y estudios contemporáneos, ofrece sus propias soluciones, sus propuestas. Y eso, eso convierte a este libro no solo en un buen libro de historia, sino también en un valiente libro de historia.

Valiente y bien escrito. Yeyo Balbás sabe narrar. Eso no es poco. Un historiador no solo debería conocer el pasado, debería saber «contarlo». Aunque, por alguna razón, que siempre se me ha escapado, la

historiografía española se olvida a menudo de lo segundo. Yeyo Balbás no se olvida. No, su libro se lee con gusto, con interés, con pasión y sin dejar de lado un exquisito gusto por ser exacto, pulcro, puntilloso incluso. También se vale de las herramientas de todo buen historiador: el profundo conocimiento de las fuentes, su crítica y confrontación, el estudio de los materiales arqueológicos, numismáticos, etc., así como del conocimiento del terreno, y todo ello sazonado con una buena dosis de sana lógica.

Este año, 2022, se conmemora la llamada «batalla de Covadonga» y el nacimiento del reino de Asturias. Asturias, la de Pelayo, fue un núcleo de rebeldía. Su historia, la historia de Pelayo y de las pocas decenas o centenares de hombres que combatieran a su lado en Covadonga es una historia de rebeldía. En un mundo de conformistas, su gesta, minúscula gesta, es una llamada de atención. ¿Por qué resistieron? Lo normal, lo sensato, hubiera sido integrarse. No lo hicieron y tengo para mí que no lo hicieron porque no se conformaban con dejar de ser lo que habían sido. No solo no se conformaron, sino que, al poco, lo mitificaron. De esa «mitificación» de lo que habían sido, esto es, de esa «mitificación» de la Spania visigoda, de su caída, de su última resistencia surgió ese largo y complejo proceso que, andando el tiempo, se denominó «Reconquista». Se podrá discutir el término, pero más allá de si son «galgos o podencos» está el hecho ineludible de que la historia de España, y por ende la del mundo, no puede entenderse sin lo que en este libro se cuenta: la conquista de un reino, el surgimiento de un nuevo mundo y la rebeldía de unos hombres ante ese nuevo mundo.

Yeyo Balbás se lo contará en este libro con el rigor de quien sabe que un oficio se demuestra y no se proclama, y con el vigor narrativo que una gran historia requiere. Disfrute y felicítese por su acierto al elegir este libro.

José Soto Chica
Doctor en Historia Medieval,
profesor contratado, doctor e investigador
del C.E.B. N.Ch de la UGR

Introducción

Hacia el año 754, un erudito hispano desconocido redactó una crónica en la que describe la conquista islámica de Spania, el gobierno de los primeros valíes de al-Ándalus y las guerras entre facciones musulmanas hasta la llegada de Abderramán I. Para explicar estos importantes sucesos, el anónimo cronista consideró oportuno remontarse un siglo atrás en el tiempo para narrar los hechos históricos en tres ámbitos bien diferenciados: el Imperio bizantino, el califato islámico y el reino visigodo. El relato comienza con los avatares del rey Sisebuta y el emperador Heraclio, unidos al surgimiento de un profeta entre los árabes llamado Mahoma y la expansión de su imperio por los califas. Tras narrar la invasión de Tāriq y Mūsà, la crónica se centra en la Península hasta alcanzar el valiato de Yūsuf ibn 'Abd al-Rahmān al-Fihri (*reg.* 747-756). Para este ambicioso proyecto historiográfico, el autor de la *Crónica Mozárabe* hizo un notable esfuerzo por armonizar distintas cronologías: la era hispánica, la hégira, los años de reinado de cada emperador bizantino y de los distintos califas y el año *ab exordio mundo*, un sistema de datación empleado por Isidoro de Sevilla.

El libro que tiene en las manos desea retomar este planteamiento para reconstruir la caída del reino visigodo ante los ejércitos del califato y el surgimiento del reino de Asturias, para tratar de superar cierta

visión hispanocéntrica que ha imperado en los estudios acerca de unos hechos de tan largo recorrido histórico. En virtud de esta perspectiva se ha tendido a explicar el fin del *regnum Gothorum* por causas endógenas, aunque, estudiados desde una perspectiva amplia, buena parte de los «problemas estructurales» que se han atribuido a esta entidad política era común a todas las sociedades de la Tardoantigüedad. Circunstancias medioambientales, como el severo enfriamiento climático de los siglos VI-VII, que propició una sucesión de hambrunas y los rebotes de la peste de Justiniano, desencadenaron un periodo de conflictos y un retroceso demográfico que allanaron el camino a las huestes islámicas. Esta perspectiva nos permite constatar que, a pesar de lo que con frecuencia se apunta, no tiene nada de excepcional la relativa celeridad de la conquista musulmana del reino visigodo: las estructuras políticas del mundo posromano resultaban extremadamente frágiles y cualquier severa derrota en una gran batalla amenazaba su propia existencia.

El seguimiento a las fuentes árabes que describen las sucesivas conquistas islámicas pone de relieve gran parte de los problemas, sesgos y clichés presentes en los relatos árabes en torno a la invasión de Spania. Las medidas acometidas por los primeros valíes de al-Ándalus solo pueden entenderse a la luz de las políticas impuestas en Damasco. El surgimiento del reino de Asturias solo adquiere sentido si se analiza la sucesión de reveses militares sufridos por el califato omeya, iniciados con el fallido asedio a Constantinopla de 717-718 y seguidos por una treintena de derrotas durante el gobierno de Hishām ibn ‘Abd al-Malik (reg. 724-743), como Poitiers (732) o la del río Sebú (741) durante la gran rebelión bereber que mermó la presencia norteafricana en el valle del Duero. En esta espiral de catástrofes, que concluyó con la tercera *fitna*, la revolución abasí, el derrocamiento de la dinastía omeya y las guerras entre facciones arabo-bereberes de al-Ándalus, no fue hasta el año 782 cuando se reiniciaron las expediciones al norte peninsular, en Pamplona y el alto valle del Ebro, dirigidas por Abderramán I. Cuatro décadas que resultaron vitales para la consolidación de los núcleos de resistencia cristianos.

La *Crónica Mozárabe* (54) incluye un dramático lamento por la «ruina de Spania», a causa de una conquista que supuso la creación de un «reino bárbaro». Frente a la abundancia de fuentes árabes de una cronología más tardía, el interés de esta obra reside no solo en su carácter coetáneo a los hechos, sino también en la aportación de la *visión de los vencidos*, la de un clérigo hispano que vive bajo el nuevo régimen musulmán y trata de adaptarse a las nuevas circunstancias sociopolíti-

cas. Un aporte esencial, ya que, en la actualidad, imperan dos interpretaciones en relación con el proceso de conquista. Eduardo Manzano ha defendido la llegada de un limitado contingente de árabes y bereberes que protagonizaron diversas acciones violentas y forzaron pactos de capitulación con las élites locales, con quienes elaboraron un entramado de enlaces matrimoniales para afianzar su dominio. Otra corriente, en la que destacan investigadores como Pedro Chalmeta, Manuel Acién o Miquel Barceló, apunta hacia la existencia de una «trasferencia de soberanía pactada» y una auténtica migración de población norteafricana a la Península. Ni las fuentes textuales ni las arqueológicas respaldan tal hipótesis y, dado que las cláusulas de cualquier pacto de capitulación incluían el respeto a las propiedades de los sometidos, tampoco parece conciliable con la idea de cientos de miles de bereberes apropiándose de las tierras allá por donde pasaban.

En la historiografía moderna se ha dado una marcada tendencia a presentar la conquista musulmana de Spania y, en general, las conquistas árabes del periodo clásico, como un fenómeno netamente distinto a cualquier otra expansión militar; ya fueran hordas de fanáticos religiosos que arrasaban los restos del mundo clásico, o el oxímoron de la «conquista pacífica», basado en la premisa de que una rendición forzada por la presencia de un ejército *ad portas* tras una gran derrota militar no supone una acción militar violenta. La idealización de al-Ándalus suele ir acompañada de una visión oscurantista del reino visigodo que, en ocasiones, adquiere niveles distópicos, junto con la tendencia, propia de la posmodernidad, de transformar esta ocupación militar en un proceso migratorio, a causa de la mala imagen que hoy posee cualquier empresa imperial. La tesis que defiende este libro es que la conquista islámica de Spania no supuso un fenómeno sustancialmente distinto a cualquier otro proceso análogo de la Antigüedad y la Edad Media, lo cual, a causa de la propia naturaleza de la guerra de este periodo, implica el uso de una considerable dosis de violencia para forzar tales pactos de capitulación.

El lector interesado en la conquista islámica de Spania y en el surgimiento del reino de Asturias descubrirá que no existen dos monografías o artículos que reconstruyan los hechos del mismo modo. El motivo de que esto suceda responde, en gran medida, a las contradicciones que las propias crónicas presentan en cuestiones como fechas, itinerarios e identidad de los protagonistas de los distintos acontecimientos, aunque el armazón factual que describen resulte vagamente similar. Las fuentes árabes más antiguas se elaboraron en el siglo IX, unos ciento cincuenta

años después de la conquista, a partir de relatos de tradición oral, e incluyen un buen número de leyendas y clichés característicos del género *futūh* que es preciso identificar. Estas divergencias han servido para que, con frecuencia, los historiadores modernos pudieran elegir, de entre todas las versiones, aquellas que mejor se ajustaran a sus ideas preconcebidas y las obras de investigadores tan reconocidos como Claudio Sánchez Albornoz o Pedro Chalmeta se han caracterizado por un marcado positivismo; en buena medida, se basan en fuentes extremadamente tardías y con la creencia de que pueden presentar una versión más detallada o completa, a pesar de que impera cierto consenso en que la *Crónica Mozárabe* resulta la fuente más fiable. Los estudios acerca del año 711 también se han caracterizado por la fusión de distintos relatos, con la premisa de que dos fuentes pueden presentar una versión parcial, aunque complementaria, de los mismos hechos. Esto da lugar a lo que, en ocasiones, se antoja una amalgama tan arbitraria como imposible.

En las crónicas altomedievales no existía el concepto de autoría y resulta frecuente que el autor se limitase a reproducir pasajes de obras más antiguas. Una décima parte del texto de la *Crónica Mozárabe* coincide casi literalmente con el de otra anterior, la *Crónica bizantina-arábiga* de 741; tal vez ambos cronistas emplearon alguna fuente grecosiria que nos es desconocida, traducida al latín en el norte de África. Con el paso de los siglos, a medida que estos bloques narrativos pasaron de una compilación a otra, tendieron a ganar extensión y a adquirir detalle. En ocasiones, esta labor pudo acometerse a partir de información verídica tomada de otras fuentes; en otros casos, su fiabilidad resulta más que dudosa. Algunos aspectos del relato original pueden alterarse, para superar las contradicciones que los distintos textos presentan, o para adaptar el contenido a las necesidades ideológicas del momento. Este sistema, basado en un «cortapega», convierte a las fuentes en un *collage* de textos conformado por sucesivas manos. La reconstrucción del proceso de transmisión textual resulta más sencillo en las fuentes árabes, a causa de la costumbre de citar la fuente mediante un *qāla Fulān* («dice Fulano»), aunque esta mención puede no ser honesta y la transcripción siempre está sujeta a interpolaciones.

A nivel metodológico, la interpretación de las fuentes exige un proceso inicial de crítica textual y cribado para soslayar los *topoi* y los pasajes legendarios. El alto número de contradicciones al mismo tiempo implica que las consabidas citas a las fuentes carecen de valor probatorio: aunque es posible aportar cuatro crónicas para respaldar una fecha a un suceso, se podría recurrir a un número similar para defender otra

datación distinta. Por tanto, resulta imperativo considerar los procesos de elaboración y transmisión textual, así como los sesgos e intencionalidad de las obras, para otorgar o restar validez a la información que estas referen. En las últimas décadas, Eduardo Manzano ha completado varios estudios esenciales acerca de las fuentes árabes de la conquista de al-Ándalus¹ siguiendo una línea de investigación iniciada por Luis Molina,² basada en el rastreo de coincidencias y similitudes textuales entre las distintas obras. Estas valiosas aportaciones, junto con los notables avances en otras disciplinas, como la arqueología y la numismática, han contribuido de forma sustancial a nuestro conocimiento del fin del reino visigodo y las fases formativas de al-Ándalus. Y aunque el propio Manzano se ha mostrado crítico ante cualquier recuento detallado y preciso de las expediciones militares,³ creemos que el contraste de toda esta información permite hacer una reconstrucción global y, en algunos casos concretos, al menos distinguir entre lo posible de lo imposible, o lo probable de lo improbable.

Notas

- 1 Manzano Moreno, E., 1999, 389-432; Manzano Moreno, E., 2012.
- 2 Molina, L., 1983. Acerca de la tradición de 'Arīb ibn Sa'īd, *vid.* Molina Martínez, L., 1998, 39-66; Molina Martínez, L., 1999, 30-31; «*Fath al-Andalus II*», en Molina, L., 1994.
- 3 «Descender a los detalles concretos sobre la conquista es una tarea que exige a partes iguales ciertas dosis de prudencia y de interés en los aspectos estrictamente militares del suceso. Personalmente, no me cuento entre quienes consideran posible hacer un recuento detallado y preciso de las expediciones (Chalmeta): los datos son demasiado fragmentarios y contradictorios, y las opciones estratégicas debieron de ser tan variadas en cada circunstancia que resulta muy aventurado hacer una descripción siquiera aproximada de las campañas». Manzano Moreno, E., 2014, 244.